

PELIGROSOS DEMÓCRATAS

ANTIFRANQUISTAS VISTOS
POR LA POLICÍA POLÍTICA
(1958-1977)

Alberto Sabio Alcutén

PELIGROSOS DEMÓCRATAS

ANTIFRANQUISTAS VISTOS
POR LA POLICÍA POLÍTICA
(1958-1977)

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

1.ª edición, 2011

Ilustración de cubierta: Manifestación de maestros de educación básica
en Barcelona (1976) © Efe/jda.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alberto Sabio, 2011
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 39.412-2011
I.S.B.N.: 978-84-376-2897-4
Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes de Madrid (Madrid)

Agradecimientos

Ingrato es el que sólo en secreto es agradecido, decía Séneca. Por eso no querría olvidar la generosidad recibida de mis maestros y amigos Javier Fernández, Carlos Forcadell y Carmelo Romero. El agradecimiento he de hacerlo extensivo a las personas entrevistadas, a mi familia y a las gentes cercanas que me atendieron y soportaron mis preguntas, a veces incómodas.

Gracias también a la Fundación «Sindicalismo y Cultura» por el apoyo recibido y al fenecido programa «Amarga Memoria» del Gobierno de Aragón por permitirme trabajar con comodidad.

Este libro se incardina igualmente dentro del proyecto HAR 2009-12080, del Ministerio de Ciencia e Innovación.

INTRODUCCIÓN

Los etcéteras

Decía el obrero Silvano Morcillo, preso en Madrid en plena dictadura, que si alguna vez se hacía la historia del PCE o de Comisiones Obreras se diría, al hablar de los jefes, «ése es el cardenal, ese otro el obispo, nosotros somos los monaguillos, y se le darán las gracias a Mengano, Fulano, Zutano y a etcétera. En esos etcétera estaremos nosotros»¹. Pues bien, si utilizamos la terminología del bueno de Silvano, en este libro abundan los etcéteras, sin abreviaturas para no reducirlos todavía más. Sus historias nunca estuvieron en los grandes titulares de los periódicos, pero sin embargo ofrecen claves y detalles fundamentales para comprender cómo se alcanzaron las libertades en España tras superar una dictadura que mantuvo su puño de hierro y su vocación de permanencia hasta el final. El árbol de la democracia se había secado a manos de una dictadura militar primero filofascista y luego partidaria de aquel contrasentido de la «democracia orgánica sin partidos políticos». Y es que, en el camino de conquistar la democracia, no faltaron ciudadanos comprometidos que asumieron riesgos y padecieron amarguras y humillaciones, aunque no siempre se haya reconocido en la historiografía el papel de las movilizaciones sociales en el proceso de transición, singularmente la contribución política, y no sólo laboral, de los obreros organizados, capaces de encauzar sus problemas dentro de

¹ La importancia de los «cuadros intermedios», y no sólo de los grandes dirigentes, para reconstruir la oposición al franquismo se subraya en M. Gil y J. Delgado, *Recuerdo rojo sobre fondo azul. Luchas obreras en Zaragoza, 1940-1975*, Zaragoza, Mira, 1995, págs. 12 y ss.

unas coordenadas de transición pacífica y, a partir de ellas, «ganar» la democracia². Los nombres de la militancia antifranquista de base, aunque no figuren en calles y plazas, aunque no sean los principales líderes, nos pueden servir —hoy más que nunca— para actualizar el valor del compromiso y de la ética civil frente al liberalismo sin riendas, si bien no se trata de poner a trabajar al pasado desde el ombliguismo de la actualidad y desde las categorías de nuestro presente. En este sentido, hemos intentado en un ejercicio de historia social, ni siquiera llega a postsocial, construir el libro sobre el conocimiento empírico y la documentación archivística, aun cuando haya también voluntad de reconocimiento moral a las víctimas y de honrar a determinadas personas, algunas de las cuales prefirieron optar por olvidar sus padecimientos en aquellas sórdidas comisarías repletas de miseria moral, en tanto otras hicieron bandera de sus miedos e incertidumbres con el loable propósito de que no se repitieran. Late, pues, el componente ético y la apuesta por un nuevo derecho de ciudadanía en el espacio público: el derecho de la memoria democrática. Es decir, además de la condena ética se pretende una comprensión crítica de los acontecimientos a partir del análisis de fuentes documentales inéditas, en lo sustancial provenientes de una policía que entonces no cumplía precisamente funciones de servicio al ciudadano. El libro pretende tener, por tanto, una dimensión académica, ahondando en las formas de proceder de los aparatos represivos de la dictadura, y otra cívica, desde el convencimiento de que la memoria se construye cuando se piensa en el pasado pero con los intereses del presente³. Lo expresó muy bien Walter Benjamin cuando dijo que la memoria no es un instrumento para explorar el pasado, sino el medio en el que se encuentra la experiencia.

En momentos en los que algunos se empeñan en blanquear el franquismo, bien es verdad que desde fuera de la historiografía profesional, haríamos bien en recuperar y valorar la tradición antifascista y democrática española, de la que forman parte muchos de los protagonistas que recorren estas páginas. Porque la democracia no salió, cual crisálida de un gusano de seda, de las propuestas reformistas o seudorreformistas de las élites franquistas. Hay, además, un deber de transmitir que el dolor

² La presión social desde la base hacia la negociación de cúpulas políticas sí se subrayó en su día por José María Maravall, *La política de la Transición, 1975-1980*, Madrid, Taurus, 1982.

³ Véase el esclarecedor artículo de Pedro Ruiz Torres, «Los discursos de la memoria histórica en España», en J. Aróstegui y S. Gálvez (eds.), *Generaciones y memoria de la represión franquista*, Valencia, PUF, 2010, págs. 39-73.

causado por la dictadura forma parte de la experiencia histórica del proceso de democratización en España, sin olvidar tampoco que los *peligrosos demócratas* sumidos durante años en la clandestinidad, en las comisarías policiales y en las cárceles no pidieron luego responsabilidades por las atrocidades cometidas durante la dictadura (esas torturas a base de técnicas de ahogamiento simulado, esos cubos de agua fría, la brutalidad de la violencia, esa tensión psicológica, esas humillaciones en aras de una supuesta «seguridad» del Estado). Ahí radica también, no lo olvidemos, una de las razones más poderosas del éxito de la llamada Transición, periodo caracterizado por la institucionalización de la desmemoria, por la amnesia consciente, por echar al olvido el pasado inmediato de forma premeditada, por traer la cita del profesor Santos Juliá. Sirvan, pues, estas líneas como reconocimiento a quienes padecieron largas temporadas de prisión y de calamidades personales por hacer frente a la dictadura con la única arma de su dignidad personal, hasta conseguir las libertades de las que ahora disfrutamos; sirvan de homenaje a los trabajos y los días gastados en la reconstrucción de la razón democrática. Porque, en efecto, «ahora parece que todo aquello fue muy fácil, y que no tuvo ningún mérito, un simulacro de democracia concedido y aceptado con mansedumbre y cobardía por quienes no fueron capaces de derribar el régimen»⁴. Pero no fue así, ni siquiera a partir de 1958, cuando la modernización económica no implicó la desaparición de la violencia política.

A menudo los años sesenta están envueltos en un aura especial que los convierte en objeto de culto retrospectivo para ciertos intelectuales, pero fue también una década dura para muchos españoles, década donde afloraron algunos episodios negros en la historia reciente que a veces se han dejado bajo la alfombra. No sé si tiene mucho sentido hablar de un segundo franquismo «modernizador», porque la supuesta modernización la llevaba el régimen franquista en el certificado de nacimiento, en su genoma, por más que, desde el punto de vista económico, no la alcanzase hasta 1960. Fue entonces cuando las semillas de disidencia comenzaron a germinar con más fuerza, a medida que despejaba también el bienestar económico. La brecha entre las estructuras del Estado franquista y las nuevas fuerzas sociales desatadas por el crecimiento económico se abrió cada vez más⁵. Este

⁴ La cita procede de Antonio Muñoz Molina, *El País*, 12 de diciembre de 2009.

⁵ Sobre las contradicciones engendradas con el rápido cambio económico y social, véase S. Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1958)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994.

libro, donde no encontrará el lector campanudos anuncios de «un nuevo modelo explicativo», trata más modestamente de rescatar a algunos de esos «productores díscolos» menos conocidos. No puede caer sobre ellos ni el olvido involuntario ni mucho menos la omisión deliberada. En otras palabras, nos centramos en las formas más abiertas de antifranquismo y de protesta, aunque de vez en cuando asome esa mayoría silenciosa con un perfil político más pasivo para ver hasta qué punto calaron los discursos legitimadores y/o movilizadores entre amplios segmentos de clases populares menos politizados, a veces entroncando incluso con una perspectiva de vivencia cotidiana de lo político. No se trata únicamente de interesarnos por las formas de dominación, sino de analizar también cómo los dominados contemplan esta dominación y, si se pliegan a ella, hasta qué punto intentan sacar partido. Al fin y al cabo, la dominación necesita síntomas de afirmación de la autoridad, pero también de reconocimiento del otro. El dueño sólo es dueño porque enfrente tiene un dominado que lo reconoce como tal. Sólo así comprenderemos mejor por qué algunos trabajadores se rebelaron contra la dictadura y por qué muchos otros aceptaban el franquismo, o incluso por qué algunos más pasaron de una disposición colaboracionista inicial hasta una mayor distancia, escepticismo e incluso resistencia más tarde. Por eso es éste un libro coral con cientos de protagonistas que vieron vulnerados sus derechos y cuya experiencia se ha pretendido convertir en narración, intentando aclarar un poco más la sombra que suele difuminar a las víctimas de la dictadura hasta dejarlas en una discreta penumbra, tanto a resistentes como a opositores, que no es exactamente lo mismo. En esa experiencia y en esos recuerdos actúa tanto el olvido como el conocimiento de lo que sucedió después. Por eso, y para amortiguar este efecto, nunca del todo, hemos privilegiado el uso de fuentes primarias, archivísticas, como observará el lector por la abundancia de aparato documental a pie de página.

El libro se detiene también en las estrategias sociales de las clases dominantes y en ese discurso del régimen que martilleaba sobre una noción de pueblo ciertamente abstracta como para que no «oliese» al pueblo concreto y con carencias que habían movilizado históricamente las izquierdas. Desde este enfoque resultaba indispensable reconstruir las posiciones de todas las partes, de ahí que hayamos apostado por un texto que, en lo posible, fluya entre las nociones fundamentales de explicación y demostración, por una parte, y aquel otro enfoque que Jaspers encerró en la expresión «evidencia vivida», es decir, se intenta valorar la percepción de los acontecimientos por

parte de quienes los experimentaron y la extraordinaria variabilidad de la experiencia individual, manteniendo en lo posible el equilibrio entre el retorno al individuo y la atención a las estructuras y a las circunstancias.

El papel preeminente concedido a las fuentes primarias explica la abundancia de informes manejados, procedentes casi siempre de los gobiernos civiles, de la Jefatura Superior de Policía, de la Guardia Civil, de la Dirección General de Seguridad del kilómetro cero o de las furtivas Comisiones Obreras. Toda esta documentación ha resultado fundamental para escudriñar en las actividades clandestinas y en las protestas laborales durante el segundo franquismo, también en el tipo de coerción desencadenada en cada momento. El régimen estaba muy atento y ojo avizor. La labor de estos Servicios de Información se centraba en prevenir y acopiar indicios antes de dar el escarmiento y de poner remedio; la obsesión de las autoridades por mantener estos Servicios, con mayúscula, era notable. El carácter interno, secreto y confidencial contribuye a hacer más valiosas estas fuentes al estar exentas de propaganda explícita, es decir, no son siempre fiables pero sí suelen estar libres de argumentos intoxicadores y publicitarios (al menos conscientemente), aunque ello no quiera decir que su mirada deje de ser turbia en muchas ocasiones.

Se trata casi siempre de unos materiales imposibles de recabar en otro sitio, por su naturaleza y por el carácter exhaustivo que le quieren dar sus redactores, pues pretenden abarcarlo todo o casi todo, de tal manera que en ocasiones se refieren solamente a un rumor o a un comentario que alguien ha oído de alguien pero que queda reflejado en detalle. Es más, se reproducen situaciones, frases, insultos y circunstancias, y hasta se adjuntan pruebas y anexos, como fotografías, octavillas o recortes de periódicos, por no hablar de la red de confidentes, infiltrados, chivatos y secuaces de cualquier jaez, eufemísticamente denominados «colaboradores». A los jefes policiales franquistas que habían ido a Estados Unidos para completar su formación les habían explicado que había que infiltrarse y «trufar al enemigo como al pavo de Acción de Gracias»⁶. Todo este acopio de documentación resulta hoy tan importante para el historiador como en su día lo pudo ser para alertar a las fuerzas de orden público de la dictadura. Y además cuenta con el aliciente añadido de que todo está interpretado y filtrado por las mentes policiales y *beneméritas* más preclaras de la época, que nos dan su

⁶ A. Batista, *La carta. Historia de un comisario franquista*, Barcelona, Debate, 2010, pág. 184.

visión de los hechos en cuestión y la expresan a veces con desmesura en la palabra. Están en lo cierto quienes afirman que «el empirismo no goza de buena fama en el campo de los *cultural studies*»⁷. Hay que molestarse en documentar y avalar en nota a pie de página. No sé si lo hemos conseguido pero al menos esa ha sido nuestra intención.

Si la labor de crítica de fuentes es siempre básica, todavía más con esta documentación, de la que hay que servirse con cautela, sin creerse a pie juntillas todo lo que indican unos funcionarios capacitados para el análisis pero serviles en extremo y a menudo poco objetivos. Los responsables policiales describían en sus informes las actuaciones contrarias al régimen, pero si somos estrictos en la labor de crítica, esos informes estaban escritos para ser revisados por la «superioridad», bien fuese policial o política, lo cual les confiere con seguridad un tono más suave, sin que apenas detallen torturas o presiones psicológicas que, en todo caso, se daban por descontadas todavía en 1976. Además, informaban sobre temas tan variados que a menudo no era fácil exponer las situaciones con la precisión y el rigor adecuados. De todas formas, al ir destinadas al «consumo interno», y no directamente a la opinión pública, suelen estar más descargadas de discurso puramente propagandístico y ello las convierte en algo más fiables. El sello de confidencialidad estampado en rojo en esta documentación policial le otorga cierta credibilidad, tampoco absoluta, pero no quedan muchas más alternativas en tiempos de estricta censura de prensa. Era imposible encontrar esta información en los medios de prensa, que repetían las consignas oficiales, salvo honradas excepciones.

El espionaje británico le denegó al historiador Eric Hobsbawm el acceso a su expediente, amparándose en nebulosas razones de seguridad nacional. La actual legislación británica sobre protección de datos permite al ciudadano solicitar el acceso a los archivos secretos sobre su persona, pero también faculta a la agencia de seguridad a denegarlos por diversos motivos, entre ellos si considera que la seguridad nacional puede verse lesionada. En España se destruyeron en los años setenta muchas «fichas policiales» confeccionadas por la policía política y las que se conservan, en forma de expedientes personales, descansan en oscuros sótanos madrileños bajo siete llaves⁸.

⁷ S. Juliá, «Cosas que de la Transición se cuentan», *Ayer*, núm. 79 (2010b), pág. 314.

⁸ Sobre las trabas para consultar documentación pública, C. Molinero, «El acceso a los archivos y la investigación histórica», *Ayer*, núm. 81 (2011), págs. 285-297. También A. González Quintana, «La política archivística del Gobierno español y la ausen-

Lo que sí hemos localizado son cientos de informes policiales sobre acontecimientos concretos, legajos que van entreverados con las filiaciones políticas de las personas participantes en los hechos. A buen seguro que estas caracterizaciones concretas proceden de las «fichas policiales» que se iban actualizando (y que luego se destruyeron).

No menos sospechosas de partidismo y de parcialidad son, por otra parte, las informaciones procedentes de publicaciones clandestinas que ejercían de altavoces de las organizaciones político-sindicales de oposición a la dictadura. Las cifras que daba *Mundo Obrero*, por ejemplo, eran casi siempre material de batalla y así cabe comprenderlas, desde la ansiedad por magnificar los niveles de participación de los obreros en los conflictos, y era lógico que así lo hiciesen. Ahora bien, con todos sus defectos, a menudo las fuentes de la policía o de la Guardia Civil ayudan a entender lo que a menudo hemos tendido a resolver sólo con testimonios orales y con explicaciones de tercera o cuarta mano, difuminadas por el paso de los años y sometidas a un cliente tan escurridizo como es la memoria, siempre selectiva.

De todas formas, la investigación con fuentes archivísticas se ha visto muy enriquecida con las entrevistas orales realizadas, removiendo los recuerdos de quienes realmente vivieron aquellos años. Aun cuando a veces la memoria militante fija los hechos en nebulosa o trastoca las secuencias⁹, hemos optado por implicar de lleno a los actores en el relato, por lo menos a una pequeña muestra con voluntad de construir historias de vida y de favorecer identificaciones y extrapolaciones. Las páginas tienen así algo más de calor humano, de emoción, de dolor y hasta de humor a pesar de las dificultades. Nos equivocamos si consideramos lo histórico simplemente como lo político. Los sentimientos son también históricos, aun cuando una memoria fundada en la pura emoción parece frágil. Por eso hemos intentado incorporar los sentimientos de los protagonistas, aunque el narrador deba guardar cierto distanciamiento y mantener la cabeza fría al plasmar la memoria muy modulable de los testigos. Es importante subrayar una enorme obviedad: que aquel pasado era entonces el presente de estas gentes y que no puede ser releído exclusivamente

cia de gestión del pasado desde el comienzo de la Transición», en J. Aróstegui y S. Gálvez (eds.), *op. cit.*, págs. 109-136.

⁹ F. Erice *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, Eikasía, 2009; y también J. Cuesta Bustillo, *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España, siglo xx*, Madrid, Alianza, 2008.

a la luz de nuestro presente. Y que esa memoria remite ante todo a la selección subjetiva del sujeto y del grupo, sin que la imagen proyectada del pasado sea realmente el pasado. Las personas entrevistadas, como todos nosotros, pertenecemos a una educación sentimental y tenemos una ideología más o menos definida. Es imposible hacer de la historia una ciencia natural: en nuestras ideas hay demasiada pasión. De manera que, para pensar en la historia de manera realista y descubrir posibilidades que ahora nos parecen remotas o ilusorias, es preciso cumplir un requisito previo: disciplinar esas pasiones. Aunque siempre es más fácil decirlo que hacerlo.

La memoria, para el maestro Tony Judt, es un mal camino para dilucidar el pasado, una vía errónea de exploración. Es probable que Judt tenga algo de razón, pero no toda la razón, sin olvidar tampoco que el testimonio oral memorialístico ayuda a conectar mejor la actividad académica con la demanda ciudadana. Por eso creemos, como indican Aróstegui y Gálvez, que la relación de la Historia y la memoria es mucho menos simple de lo que a veces suele creerse: «No caben ni la negación de una de ellas ni la identificación de ambas»¹⁰. Desde luego la memoria sirve, con las cautelas oportunas pero sirve, como sirven los testigos y vale el «testimonio de un hijo que ha visto cómo fusilaron a su padre para testificar el horror del fascismo»¹¹.

Las personas entrevistadas conocieron una importante transformación política, el paso de una dictadura a una democracia, pero vivieron también la mudanza de un país instalado en la pobreza, que soñaba con la modernidad, a un país que ya está integrado en la modernidad, con todas sus contradicciones y valores. No podemos decir que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero tampoco podemos afirmar que cualquier tiempo futuro sea perfecto. En este libro se recogen testimonios de gente que supo responder con un profundo significado moral a la dictadura y ahora trata de instalarse éticamente en la democracia, a ser posible sin caer en la prepotencia (ni personal ni como país) ni en estar encantados de habernos conocido, aceptando las contradicciones y teniendo en cuenta las precariedades que hay para mucha gente en los llamados estados del bienestar. Algunos entrevistados indican que «hoy todo el mundo dice que estuvo, pero éramos pocos, por lo menos hasta 1975. A mí me ha quedado que, aún hoy, se me olvidan todos los nombres y todos los

¹⁰ Julio Aróstegui y S. Gálvez (eds.), *op. cit.*, pág. 12.

¹¹ F. Espinosa, «De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar», en J. Aróstegui y S. Gálvez (eds.), *op. cit.*, pág. 327.

teléfonos, debe ser una deformación profesional de la época de la clandestinidad»¹².

Cuando algunas víctimas cuentan en los medios de comunicación sus historias de represalias y humillaciones, surge un dilema ético nada desdeñable: ¿debemos reflejar en la investigación testimonios que, directa o indirectamente, relacionan a personas con represalias y malos tratos, sabiendo que en su mayor parte se refieren a personas fallecidas y que no existen pruebas documentales que los avalen? ¿Somos conscientes de hasta qué punto la memoria construye, deconstruye, inventa, olvida o embellece? En este sentido, hemos intentado extremar los principios deontológicos de la profesión: la comprobación de las fuentes y el contraste de las opiniones, de ahí el empeño por trabajar de forma acompasada las fuentes documentales policiales y los testimonios directos. Esto ayuda a entender mejor la «digestión» individual y colectiva del pasado¹³, al tiempo que muestra sus efectos sobre los periodos históricos posteriores, sin que falten tampoco interferencias contemporáneas vinculadas a los actuales discursos públicos sobre el pasado. Al fin y al cabo, cuando el historiador escribe algo que no tiene nada que ver con la vida de la gente y se reduce a hacer juegos de palabras o escribe como si fuese un individuo de hace cuatro siglos, sin meditar una respuesta a los retos del siglo XXI, tampoco puede pedir a la gente que se interese por su investigación.

Hay quien piensa que el discurso de la llamada «memoria histórica», donde el trabajo de los profesores universitarios ha sido básico, viene a llenar un vacío ante la crisis de las utopías. Desde este punto de vista, el pasado y la industria de la nostalgia se convertirían en reducto territorial exclusivo del debate político. Es más, la memoria tendría una función catártica para reconciliarnos con el presente. Sería el «viático cívico de nuestro tiempo»¹⁴. No es ésa precisamente la aspiración de este libro: desde la memoria de las víctimas también se puede articular un proyecto político. Al escribir estas páginas, no podemos obviar que asistimos a una profunda crisis económica internacional, para algunos crisis sistémica, de época en cualquier caso. Ni tampoco que, hasta hace poco, Milton Freedman, sus *Chicago*

¹² Entrevista a Miguel Ángel Zamora, condenado en el Proceso 1001, 6 de noviembre de 2007.

¹³ Sobre las «digestiones» del pasado reflejadas en las entrevistas orales, Alexander Von Plato, «La historia oral en la historiografía alemana», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 20 (1998).

¹⁴ Georges Bensoussan, *¿Auschwitz por herencia? Sobre un buen uso de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2010, pág. 15.

Boys y su abundante e influyente grupo de corifeos aseguraban que el mercado iba a solucionar todos los males sociales, al menos los materiales. Son los mismos, o sus representantes, que pusieron en boga, coincidiendo con la caída del Muro de Berlín y aprovechándose de ella, el declarado fin de la historia, caracterizado por la muerte de las ideologías y por el triunfo imparabile y permanente de la democracia liberal. A estas alturas, y en esta situación, ¡qué lejano parece todo ello! Ya no resulta racional pensar que el mercado por sí solo resolverá los problemas sociales, o que la historia ha llegado a su fin. De igual modo, los defensores ayer del monetarismo están hoy patrocinando la fortaleza y funcionalidad del Estado. El futuro incierto, y sin duda complejo, que se presenta ante nosotros hay que afrontarlo sin sofismas y con racionalidad. Pero racionalidad y pertinencia ni surgen de la nada ni son *manás* celestiales; provienen de la observación profunda de las actuaciones humanas y de sus devenires. En el análisis de los hechos del pasado, de las tendencias y de las constantes se encuentran claves para la comprensión del presente y la construcción de futuros más viables. El examen de una crisis no sólo deja ver continuidades y rupturas de un proceso dado, sino que también revela fenómenos de corta y larga duración, al modo de reverberaciones históricas más profundas y longevas.

Ésta es, en definitiva, una historia de la gente corriente que tuvo un papel primordial en el proceso de democratización; de individuos a los que no se refiere precisamente Abril Martorell cuando dice que «nuestra transición la protagonizaron individuos y no partidos»¹⁵. Hubo personajes relevantes pero no grandes maestros absolutamente clarividentes, y sobre todo hubo muchos etcéteras que se siguen indignando hoy contra ciertas interpretaciones en exceso personalizadas, por más que a veces, a medida que cumplen años, adopten un estado de vitalidad irónica. El paso del tiempo tiene una acción devastadora sobre los lugares de la memoria, pero las personas entrevistadas volverían, en términos generales, a hacer lo mismo, a pesar de los sinsabores y la dureza represiva de la dictadura. En momentos en que algunos hablan del cambio de la lucha de clases a la lucha de frases, ellos opinan que «o arrancas las mejoras o nadie te da nada... y aún hay mucho que arrancar»¹⁶.

¹⁵ A. Lamelas, *La transición en Abril*, Barcelona, Ariel, 2004, pág. 76. La pertinente advertencia en J. Fontana, «Bases cap a una segona transició», en P. Pagès (dir.), *La transició democràtica als Països Catalans. Història i memòria*, Valencia, PUV, 2005, pág. 412.

¹⁶ Entrevista oral a Isidro Pradal, 30 de octubre de 2007.

Alcanzar la libertad no fue tarea fácil; exigió atravesar un camino tortuoso que conviene recordar porque sigue siendo imprescindible actualizar el valor del ciudadano comprometido. Las organizaciones antifranquistas tuvieron una intervención decisiva en el devenir democratizador. Por eso en este libro, sobre todo a partir de 1974, se incorpora la presión de la calle y cómo ésta incide no sólo en la conquista de nuevos espacios de libertad sino en la propia dinámica política. Seguramente el resultado ambiguo de la huelga de noviembre de 1976 prefiguró algunas limitaciones que después se plasmaron en el proceso de transición.

Acierta probablemente John Gillis al decir que los excesos habidos con el término «memoria» le hacen perder significado en proporción directa al aumento cada vez mayor de su poder retórico¹⁷. Estamos también de acuerdo con las palabras de Jordi Gracia cuando se refiere a la necesidad de hacer una historiografía fiable como exigencia democrática ineludible, aunque en el camino «haya que corregir, matizar o desactivar mitos o ideas muy establecidas en la resistencia antifranquista»¹⁸. Estas páginas, por tanto, no pretenden seguir la senda de las «nostalgias blandas»; relatan más bien algunos acontecimientos que no siempre dejan el beneficio de la buena conciencia, pero que pueden ayudar a que la actual democracia busque a la oposición a la dictadura como uno de sus referentes legitimadores.

Otro objetivo pasa por «historizar» la experiencia de estos *peligrosos demócratas* convertidos en presos políticos, y de algunos más, que ejercieron su antifranquismo con la suerte de no pasar nunca por la prisión y por las comisarías, pero sí padeciendo los estados de excepción y las medidas de emergencia. Y es que implantar una cultura del miedo fue una de las normas básicas de la dictadura; se trataba de amedrentar a los detenidos a base de castigos hasta conseguir «neutralizarlos y someterlos», en palabras de un Jefe Superior de Policía todavía en 1975, y en algunos casos hasta provocar que la propia víctima se sintiese culpable, tras padecer variadas formas de tortura psicológica que provocaron meses de miedo y angustia, miedo graba-

¹⁷ La discrepancia entre dos de los historiadores españoles más solventes acerca de cómo surgen y se transmiten los recuerdos, acerca de la memoria de lo experimentado por uno mismo y la memoria de lo que nos han transmitido, en Pedro Ruiz Torres, «De perplejidades y confusiones a propósito de nuestras memorias», en J. Aróstegui y S. Gálvez (eds.), *op. cit.*, págs. 355-408.

¹⁸ Jordi Gracia, «Ideología, cultura y medios de comunicación», en M. Ortiz Heras (coord.), *Memoria e historia del franquismo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, pág. 68.

do en el rostro con todas sus horas y sus minutos, aunque todo esto no haya dejado huella documental, ocultando una parte esencial de la historia.

A veces, de todas formas, no fue necesaria la represión explícita para meter en vereda a buena parte de la población. Si miramos la atmósfera vital española de finales de los años sesenta, se nos presenta con demasiada relevancia la mancha de la conformidad. En líneas generales, desde los tiempos de la guerra y las grandes «purgas», se fueron implementando las distintas magnitudes de la conformidad: la apocada, aterrorizada y resignada caminó junto al conformismo interiorizado, y, al lado de ése, otro que tuvo más de oportunista y colaboracionista. Sin reparos a la hora de emplear la represión contra los enemigos del régimen y contra el «cáncer de la democracia y la partitocracia», la dictadura intentó también ganarse el consentimiento y el apoyo de las «mayorías silenciosas». En este sentido, y por contraste, se trata de preservar la memoria de los represaliados y de difundir la tradición antifranquista y democrática a base de conocer en profundidad los procesos sociales de aquellos años alejándonos de mitificaciones y de supuestas verdades construidas por memorias interesadas. A ello aspira modestamente este libro, desde la convicción de que el recuerdo de cómo se gana la libertad constituye una de las señas de identidad de las sociedades libres. En otras palabras, «la memoria de los tiempos en los que los derechos eran reprimidos es un signo cívico de vitalidad democrática»¹⁹.

Conviene evitar el mecanicismo habitual de que el ensanchamiento de unas clases medias alérgicas a la radicalización, la existencia de una estructura social compleja, el crecimiento de la renta per cápita, las nuevas pautas de consumo o los niveles sostenidos de desarrollo económico hicieron por sí mismos, de forma casi inevitable, el paso a la democracia, como si las modernizaciones económicas condujesen inexorablemente al cambio político y acabasen con las «disfunciones» dictatoriales. Quienes sostienen estas tesis cercanas a la sociología funcionalista parsoniana suelen hablar del franquismo ya no como un régimen fascista o totalitario, sino que incluso acaban encontrando en los años finales algunos rasgos de «pluralismo político limitado». A nuestro modo de ver, las condiciones estructurales

¹⁹ Marc Carrillo, «El derecho y la memoria histórica: notas sobre el arsenal jurídico de la represión en la dictadura franquista», en prensa. Agradezco al autor la deferencia de poder consultar este texto antes de su publicación.

pesaron, por supuesto, pero no resultaron determinantes como creadoras y alumbradoras de libertad.

A pesar de los bajos niveles generales de politización hasta la muerte del dictador, se detectan indudables signos de cultura democrática en concretos segmentos sociales. En este sentido es en el que pretendemos rastrear, a través de un muestrario de fuentes emanadas del propio régimen, qué sectores sociales concretos desafiaron al franquismo, expresando disidencias —algunas, heroicamente discretas—, construyeron culturas políticas ajenas a él y abrieron ventanas frente a una mayoritaria actitud resignada y conformista (algunos acomodaticios de entonces se reconvirtieron más tarde en ridículos apologetas de los más férreos parámetros del orden democrático, pero también en defensores a ultranza de un «modelo de democracia» temeroso hacia el más mínimo cambio y profundización, como las reformas constitucionales y la Ley de la Memoria Histórica, por ejemplo). No todos los ciudadanos fueron espectadores pasivos del final del franquismo. Buena parte de la politización tiene su origen en las reivindicaciones laborales y estudiantiles y en la respuesta dictatorial a las mismas entre 1965 y 1976. De ahí la preeminencia que van a adquirir obreros y estudiantes en el relato, aguerridos y temerarios a veces, con muchas incertidumbres en otras ocasiones, pero movilizados no sólo para conseguir tal o cual reivindicación inmediata, sino pensando en una democracia que trajese más libertad y más solidaridad.

Tanto en la oposición a la dictadura como en la represión subsiguiente las *Comisiones Obreras* adquirieron una especial relevancia en la movilización social que apretó las clavijas con denuedo en las calles e incidió en la negociación cupular de élites políticas tras la muerte de Franco. Desde la defensa de los trabajadores se convirtió en la «plataforma más dinámica del antifranquismo»²⁰. *Comisiones* supo utilizar los mecanismos, a veces indirectos y complejos, que ayudaron a socavar de forma paulatina las bases del apoyo al régimen. Por eso se analiza también la conflictividad laboral en algunas «fábricas-símbolo» del movimiento obrero antifranquista, aunque éste no es un

²⁰ X. Domènech, *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil, canvi polític, 1966-1978*, Barcelona, Publicacions de L'Abadía de Montserrat, 2002b pág. 12; el sindicalismo de clase como ariete político democratizador en Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, 1975-1977*, Madrid, Temas de Hoy, 2007. La presencia de Comisiones Obreras en distintas regiones españolas se recoge en el apartado bibliográfico con el fin de no sobrecargar las notas a pie de página.

libro sobre la historia *orgánica* de Comisiones Obreras y sus sucesivos congresos o ejecutivas; aspiramos más bien a reivindicar el proceso de democratización, pero no desde un discurso único y excluyente, sino sobre todo poniendo el foco en lo problemático de unos años nada plácidos.

El lector notará también el protagonismo de los estudiantes detenidos por razones políticas, a veces provenientes de familias acomodadas, cuyos padres habían previsto para ellos una vida sin grandes riesgos, y, sin embargo, ellos estaban dispuestos a correr cualquier riesgo con tal de cambiar de vida. Son igualmente abundantes, sobre todo a partir de 1973, las detenciones de militantes de partidos políticos minoritarios y clandestinos que, en medio de la sopa de siglas y a pesar de su vida efímera en muchos casos, tuvieron su importancia en momentos puntuales. Y nos ayudan a analizar la cultura política que se estaba gestando en la calle y el papel de algunos protagonistas colectivos en el camino hacia la democracia frente a la desmovilización de una mayoría que parece ausente, desinteresada o recelosa ante la política, si bien es verdad que en una dictadura no contestar o no manifestarse no tiene idéntico sentido que en una democracia. En consonancia con lo dicho, se pretende recuperar a gentes que traspasaron esa peligrosa frontera tempranamente y muchas veces se quedaron en el camino, borrados por la desmemoria, sin salir en los documentales sobre la época, sin figurar en la galería de los héroes, pero sí estando en la transición de la calle; a gente que no se asomó a los periódicos ni a la televisión y que tampoco han aflorado más tarde en los libros de historia, a pesar de contribuir enormemente a crear ese tipo de cultura cívica que vacuna a las sociedades contra las dictaduras. Eso sí, pensar sobre la Transición, a veces en tono crítico, «no equivale a deslegitimarla ni a rechazar su evidente eficacia histórica»²¹, por más que se reconozcan fisuras y agujeros negros, pero no tanto como para calificarla de pura mentira y de traición sin paliativos, culpando a este proceso de transición de la muerte de Manolete, es decir, de todos los déficits democráticos posteriores hasta la actualidad. En cualquier caso siempre es conveniente no confundir entre lo que sucedió y lo que a uno le hubiese gustado que hubiese sucedido, entre lo que realmente ocurrió y lo que deseábamos, podía haber ocurrido o incluso debía haber ocurrido, considerando ceguera del destino lo que a veces es propia miopía. Como no se alcanzó lo que querían (queríamos), desechan lo que se

²¹ Jordi Gracia, *El País*, 12 de enero de 2010.

pudo alcanzar. Ya dijo André Maurois que todo deseo estancado es un veneno.

Si ampliamos algo el concepto de «resistencia» hasta englobar otras formas de oposición, como el disenso expresado con discreción, el disimulo o la falsa ignorancia, se ampliaría algo el contingente de población que, de una u otra manera, expresaba rechazo hacia la dictadura, aunque tampoco conviene magnificar las cifras. No fue tanta gente, por lo menos hasta 1975. Entonces sí, tras la muerte del dictador, pero no conviene caer en el falso estereotipo de una resistencia mayoritaria y continuada desde mucho tiempo atrás. Más bien se trata de interpretar en su justa medida el recurso a las armas del débil, a esas «formas cotidianas de resistencia», silenciosas y soterradas, que J. Scott denominó la «infrapolítica de los oprimidos»²² y que ponen arenilla en los engranajes de una determinada política.

Capítulo aparte merecerían los jueces y fiscales que participaron del entramado represivo, dictando severas sentencias y aplicando penas que vendrían a corroborar «la superioridad del régimen del Caudillo sobre todos los demás». Si muchos policías eran conocidos por sus métodos contundentes, por decirlo al modo eufemístico, la balanza de la justicia no se inclinó del lado de los ciudadanos descontentos sino de los poderes policiales, especialmente en el caso de tribunales y jurisdicciones especiales, defensores a ultranza de los valores inamovibles del régimen antes de que practicasen con desigual habilidad el transformismo democrático. Cualquier persona sospechosa de delitos políticos, no siempre bien definidos, podía ser llevada ante esos tribunales, aunque sólo se tratase de denuncias sin fundamento o de rumores maledicentes. Las retenciones transitorias y con carácter preventivo, sin apenas garantías, proliferaban, dejando en el calabozo o entre rejas a sospechosos sin hacerlos pasar ni siquiera por delante de un abogado. Y este entramado represivo de la dictadura se mantuvo hasta el final. Por eso sería un craso error trivializar la segunda mitad del franquismo y tomárselo a la ligera, infravalorando el potencial autoritario del mismo.

En la España de 1977, punto final de esta investigación, habían cambiado muchas cosas con respecto a 1958. Entre otras, el discurso del consenso y de la reconciliación, que en realidad había nacido en la oposición democrática a la dictadura, se lo había apropiado UCD y el proyecto reformista, que encontró ahí un asidero para legitimarse. Extender la pátina del consenso fue un argumento interesado que

²² James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

a Suárez le vino muy bien para recuperar la iniciativa política²³. Habían cambiado muchas cosas, decíamos, pero seguían proliferando ceremonias de corte ultraderechista y escenografía fascista, repletas de *emocionados* discursos que enaltecían las virtudes castrenses, el coraje machista y el recuerdo de la Cruzada, «fragua en la que se forjaban los héroes»²⁴. Los defensores más acérrimos del franquismo primigenio aprovechaban cualquier oportunidad para hacer una demostración de fuerza. Estos elementos inerciales y tradicionales se prolongaron hasta el final de la dictadura. Frente a un Francisco Franco considerado en sus últimos años más un estadista benevolente que un dictador en el pleno sentido de la palabra, pondremos de manifiesto hasta qué punto la dictadura franquista siguió operando con dureza hasta 1977. Todo les servía para insuflar tensión al ambiente y, una vez fallecido el dictador, para reclamar cirugía militar.

Al leer la propaganda ilegal por la que fueron enchironados muchos presos políticos que se deslizan por estas páginas, no podríamos comulgar con ciertas formas de pensar y proyectar la llamada «revolución social», pero uno reconoce la entereza, la dignidad, la gran calidad humana de muchas personas que se la jugaron en pueblos y ciudades, que fueron rebeldes contra aquel liberticidio, desde la transgresión y en la clandestinidad, o a veces abiertamente, con prudencia y valentía a la vez, dentro de los reducidos límites que encontraban, y fueron capaces de lanzar retos inteligentes y pacíficos al régimen. Y tal vez lo más interesante sea comprobar que siempre hubo gente cuyo talante abierto y afable no se correspondía necesariamente con la desabrida letra de los idearios de sus siglas políticas. Desde este punto de vista, nos interesan más las personas que muchos de aquellos idearios políticos, o en todo caso la «historia oficial» pero tamizada por el desarrollo vivencial.

Desde este punto de vista, algunas élites políticas franquistas transmutadas a demócratas acertaron no tanto porque dirigieran al público cuanto porque supieron aprender de él. Por ejemplo, Suárez va evolucionando ante la fuerte presión que surge de la sociedad y va asumiendo la necesidad de negociar con la oposición los ritmos básicos de la reforma. Nos interesa valorar, pues, el significado de la

²³ M. Ortiz Heras (2011) indica muy bien que el consenso no es extensible a todo el periodo de la Transición, sino a momentos concretos. Al margen de esto, habrá que calibrar qué hubo de consenso y qué de consentimiento. En cualquier caso, de la estrategia del consenso unos salieron más perjudicados que otros.

²⁴ Ignacio Martínez de Pisón, *Dientes de leche*, Barcelona, Seix Barral, 2008, pág. 37.

calle como espacio público durante la Transición, la irrupción de los ciudadanos en un clima de creciente libertad, después de varias décadas de silencio. La democracia empezó a ser perceptible para los ciudadanos cuando ellos mismos se vieron expresándose colectivamente y en libertad, aunque es probable que el libro transporte también a algún lector al pozo de los sueños rotos. Por lo demás, esta investigación pretende recordar sin herir susceptibilidades, analizar aspectos poco divulgados, lugares por explorar, pero no buscan estas páginas, a estas alturas, pedir responsabilidades penales ni políticas, tan sólo históricas. Otras personas más cualificadas podrán avanzar, si les dejan, que no parece, en la judicialización de la dictadura. Pero sí se pretende poner de manifiesto que la violación de derechos humanos no fue sólo el resultado de los excesos en que cayeron algunos funcionarios policiales, sino que detrás andaba el respaldo de una acción institucionalizada y ciertamente organizada. Para que el pasado no quede definitivamente pisado y las heridas mal cicatrizadas acaben suturadas y no infectadas.